



EDITORIAL

DIMENSION UNIVERSAL DE
JUAN XXIII
EL BUENO

Ha muerto el Papa Juan XXIII, el Bueno.

Dejadme regresar a Dios, dijo; y descansó en el Señor un lunes de Pentecostés, 3 de junio a las 2,19 p.m. de Caracas.

SIC, que se honra en este mismo número con una bendición pontificia en sus fiestas jubilares, suspendió su edición de junio para conocer el desenlace de su larga y dolorosa agonía.

El Papa Juan XXIII, el Bueno, ha muerto.

El mundo entero se ha conmovido. En sus cuatro días largos de agonía han orado a Dios por la salud del Jefe Supremo de la Iglesia no sólo los quinientos millones de católicos, que reconocen el Primado Pontificio, sino los cristianos ortodoxos y heterodoxos, los judíos, los árabes, los hindúes, los malayos y los negros del Africa. Hasta los comunistas de Rusia y China, los enfermos de los hospitales y leprocomios, los presos de las cárceles...

Siempre habíamos visto conmoverse la opinión pública ante la enfermedad mortal de un Pontífice. Tal vez nunca con la intensidad y amplitud que ha podido comprobarse en el caso de Juan XXIII.

Sembró amor; cosechó agradecimiento. Pareciera escrita para él, con precisión singular la definición bíblica: Amado de Dios y de los hombres. Será bendecida su memoria.

EL PAPA DE LA BONDAD

Nosotros preferimos decir: Juan XXIII, el Bueno.

Su bondad, una bondad integral y comunicativa, fue su característica. El más receloso enemigo de la Iglesia quedaba desarmado ante la sonrisa de abuelo de Juan XXIII.

Una bondad cuya base era la humildad. Humildad serena y profunda, sin exhibicionismos hipócritas: reconocimiento de su modesto origen campesino; de la limitación de sus capacidades físicas e intelectuales; un afán de acercamiento a los pobres y sencillos: hacia el hortelano de los jardines del Vaticano, el portero, el preso, el enfermo, el cura de aldea o el líder comunista, relegado como el leproso por los nuevos cátaros, los puros, los intocables.

Huía de la pompa; y los guardias vaticanos apenas podían rodearlo en las audiencias y en las extrañas escapadas y viajes, con que rompió los moldes de la etiqueta pontificia. Gozaba cuando las gentes sencillas de Italia le llamaban el píccolo, el pequeño Papa Juan.

Una bondad salpicada de sal y gracejo popular. Bondad cálida y humana. Cuantos tuvieron la dicha de conocerlo quedaron prendados de su simpatía irresistible.

Debería pasar a la Historia con el nombre de Juan XXIII, el Bueno.

PASARA A LA HISTORIA

También su pontificado fue píccolo y breve: apenas un lustro: cuatro años y siete meses. Sin embargo pasará y pesará en la Historia de la Iglesia y en la Historia Universal.

Asombra la densidad de su acción.

Nadie hubiera creído, al escalar el pontificado, que un anciano de setenta y seis años habría de cumplir una misión tan juvenil y renovadora de la política del Vaticano en su apertura al mundo moderno. Es cierto que culminaba un ciclo iniciado por anteriores pontífices: León XIII en el orden social y político; Pío XI, en las relaciones con el Estado Italiano; Pío XII, en el afán de sintonizar Ciencia y Fe en todo el vasto ámbito de la cultura universal. Pero Juan XXIII superó a todos en la audacia de romper moldes y desmoronar barreras; en la obsesión de sencillez y sinceridad. Y los brazos gigantes de la columnata de Bernini se abrieron para protestantes, ortodoxos y creyentes de toda secta. Y hasta para los ateos y comunistas.

Nadie se asombre hoy de que al fallecer el Papa Juan, el Bueno, se estremezca el mundo.

EL CONCILIO VATICANO II

Fue su realización predilecta. Una empresa gigantesca, genial y sorprendente. Al anunciarla el asombro fue universal.

Era poner en marcha el gigantesco cuerpo de la Iglesia con un ansia de renovación y rejuvenecimiento. Sínodos diocesanos y nacionales; Comisiones preparatorias; Consultas y encuestas; volúmenes de proposiciones. Un esfuerzo ciclópeo de organización para una Asamblea de más de tres mil Prelados, con su séquito de consulta y asesoramiento.

Y el Concilio fue una realidad. Con delicadas consideraciones tomaron asiento en él y conocieron sus intimidades, representantes de las sectas protestantes y de las Iglesias ortodoxas.

Cuando había de iniciarse la segunda serie de sus sesiones, fallece el valiente anciano Juan XXIII.

El Concilio —nada podemos anticipar de su continuación o interrupción— reveló, en cuanto ha podido trascender de sus sesiones secretas, una doble tendencia, que por lo demás es connatural a toda asamblea de pensadores: una conservadora y tradicionalista; otra de franca apertura a la revisión, a la autocrítica. Es completamente inadecuado calificarlos de conservadores y liberales.

El anciano prudente y bondadoso a todos supo atender, alentar y escuchar. Pero con unanimidad impresionante, todo el mundo lo colocaba junto a los más audaces y renovadores.

Su obra predilecta queda trunca. El Espíritu Santo, en la persona de sus sucesores, ha de completarla.

MATER ET MAGISTRA. PACEM IN TERRIS

Juan XXIII ha legado a la posteridad ocho Encíclicas. Dos de ellas serán catalogadas entre los documentos más valiosos de los últimos pontífices: Mater et Magistra, síntesis de la doctrina económico-social de la Iglesia; y Pacem in Terris, síntesis de la doctrina político-social cristiana. Ambos tocan el problema político y social modernos en sus fases de más viva actualidad.

En la Mater et Magistra resaltan: el estudio de las transformaciones económico-sociales de nuestro tiempo, la gradual e inevitable socialización y las soluciones que dimanaban de las encíclicas de sus predecesores; el tratado, breve y denso, del Problema Agrario y sus soluciones, y la promoción del campesinado, que ha de ser obra de los propios campesinos, sobre todo por medio de las cooperativas; y la aplicación a los Estados ricos, respecto de los Estados pobres, del deber social de la riqueza, doctrina desarrollada en la Quadragesimo Anno respecto del deber social de los bienes superfluos del rico individual en beneficio del pobre individual.

Sorprendió que el Papa no mencionara en la Encíclica el Comunismo y el Materialismo Dialéctico. Las consideró sin duda, doctrinas ideológicamente caducas y superadas; supervivientes sólo en manifestaciones políticas, de sello tiránico.

Por vez primera, en una encíclica social se abordaba el tema del campesinado, el sector deprimido y olvidado. Alguien ha expresado con acierto que el campesino Juan XXIII ha dejado estampada en la Mater et Magistra la Carta Magna de los campesinos, como dejó León XIII en la Rerum Novarum la Carta Magna de los obreros.

Pacem in Terris, fue tal vez más comentada que la propia Mater et Magistra. Y sin embargo tal vez la originalidad es menor; pero era ya universal la popularidad del Papa Juan. En ella se da un resumen de la doctrina político-social de la Iglesia, dispersa en los documentos de Pío XII. La nota personal de Juan XXIII está en dirigirla no sólo a los fieles de su Iglesia, sino a todos los hombres de buena voluntad. Sus afirmaciones se fundan en la ley natural.

Pero lo que le dió a la encíclica una resonancia excepcional fue la exhortación a los católicos a una apertura de convivencia que es algo más que una coexistencia egoísta, con cuantos buscan la paz y el bien, incluso por extraviados derroteros.

EL LEGADO DEL PAPA JUAN, EL BUENO

Es el legado de la comprensión y el amor.

Son odiosas las comparaciones. Al perder al bienamado Padre de la Cristiandad muchos dudaban de la posibilidad de encontrarle un sucesor adecuado. No se olvide que muchos formulaban el mismo pensamiento a la muerte de Pío XII, el Papa Pacelli.

Un siglo de historia nos ha dado Pontífices de colosal envergadura: León XIII, San Pío X, Pío XI y Pío XII.

Juan XXIII los superó en la amplitud de su mensaje de amor. Abrió los brazos al mundo entero y el mundo entero lo amó. En esta apertura suya-comprobada con hechos concretos y actitudes contundentes y sorprendentes está el secreto de su arrebatadora popularidad mundial. Alguien ha dicho que con él se cierra en el Vaticano la Contrareforma. Podría añadirse que en él se extingue el anticomunismo. Fue todo él positivo y constructivo, sin ningún estéril anti. Todos cabían en sus brazos de padre, simbolizados en los brazos gigantes de la columnata de Bernini en la Plaza del Vaticano.

Fue amado de Dios y de los hombres.

Bajó a la tumba llorado por el mundo entero.

Su memoria será bendecida.

M. A. E.